

**Buenos Aires | 13-16 de agosto de 2003**

**6<sup>o</sup>**

**Congreso  
Nacional  
de Estudios  
del Trabajo**

**Los trabajadores  
y el trabajo en la crisis**

## REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO AL TRABAJO E IDENTIDAD EN VARONES POBRES.

María Eugenia Longo (meugenialongo@yahoo.com.ar)

Área de Identidad y Representación. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

### INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación está ubicado en la intersección de tres grandes temas: las representaciones sociales, el trabajo y el proceso de construcción de identidad.

La realidad social es un entramado de relaciones sociales y está mediada tanto por prácticas objetivas como por construcciones simbólicas que dan al sujeto una noción estable de estar en el mundo. La constitución de agentes y de estructuras se da conjunta e interactivamente. La conducta humana además de verse constreñida por estructuras sociales que la anteceden está cargada de sentido y de intenciones presentes y futuras.

Dentro de este marco, las representaciones sociales son la mediación simbólica por excelencia que existe entre los sujetos y la realidad en la que están inmersos. Las mismas, como imágenes interiorizadas de sí, de los otros y del mundo, trazan vínculos comunicantes entre la realidad exterior e interior. Tanto por el origen social de dichas imágenes, como por su carácter de esquemas íntimos de percepción y acción, son elementos privilegiados para el análisis de las contradicciones que pueden emerger en épocas de crisis y transformaciones. Esto es así, tanto porque los cambios de la realidad pueden ser reflejamente percibidos y expresados por medio de la conciencias y los discursos individuales; como porque los cambios en la subjetividad pueden dar señales del agotamiento de ciertas prácticas e instituciones sociales.

El mundo del trabajo ha sufrido importantes transformaciones en las últimas décadas, y es factible que la subjetividad haya sido afectada por las mismas. Además “como todo proceso de cambio y transformación, esta situación genera también la necesidad de redefiniciones a nivel simbólico, en tanto hay que dar respuestas a problemas nuevos, para los cuales ya no sirven los esquemas incorporados” (Freytes Frey, 1997).

El trabajo ha ocupado un lugar medular en el proceso de conformación de la identidad, ya que los sujetos definían su lugar en la sociedad a partir de la posición ocupada en la estructura

productiva. En ello reside, exactamente, el interés de esta investigación: examinar, a través de las representaciones sociales en torno al trabajo, las contradicciones que pueden emerger en la construcción de las identidades en un contexto de transformación y crisis del trabajo.

En concordancia con lo anterior, me propongo dos objetivos de carácter descriptivo. Por un lado, caracterizar las representaciones sociales en torno al trabajo que tienen varones jóvenes pobres y residentes en barrios marginales del conurbano bonaerense. Y por el otro, describir la relevancia de esas representaciones sociales en la construcción de su identidad.

Este trabajo se llevó adelante mediante una estrategia metodológica cualitativa y un análisis minucioso e inductivo de los discursos de las entrevistas realizadas a 21 varones de entre 19 y 29 años, que residen en villas o barrios carenciados.

## **ENFOQUE TEÓRICO**

### **Representaciones sociales**

Siguiendo a algunos autores, coincidimos con que las estructuras sociales y la interpretación que los agentes hacen de esas estructuras son dos momentos inescindibles del análisis y de la realidad (Bourdieu, 1993). Aun cuando pueda plantearse una prioridad epistemológica -como afirma P. Bourdieu- en la que deben colocarse en un primer momento las estructuras objetivas y en segundo término la experiencia de los sujetos, sus representaciones y percepciones de la realidad, la realidad es indudablemente dual: material y simbólica.

Las estructuras objetivas son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones. Por eso las representaciones deben ser consideradas para dar cuenta de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o conservar las estructuras históricas (Bourdieu, 1993).

Las representaciones sociales deben ser entendidas como “construcciones simbólicas individuales y/o colectivas a las que los sujetos apelan o a las que crean para interpretar el mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás, y para determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica. Median entre los actores sociales y la realidad y se le ofrecen como recurso: para poder interpretarlas, juntamente con su propia experiencia; para referirse a ella discursivamente; y para orientar el sentido de su acción social.” (Vasilachis de Gialdino, 2000: 926).

Las representaciones sociales cumplen una función de guía práctica, de conocimiento de sentido común, forjados a partir de la experiencia de los sujetos en un determinado contexto y con determinados recursos. Emergen de y se vinculan a dichas posiciones en la estructura social, por medio de intereses y de esquemas de percepción, a los que Pierre Bourdieu (1993) denominó “habitus”. Este último, es un sistema de esquemas de percepción, apreciación y producción de prácticas. Implica una matriz de clasificación que funciona más allá de la conciencia y del discurso, aunque puede ser expresada mediante este último. Los esquemas de habitus son disposiciones que, configurando representaciones sociales, orientan las prácticas de acuerdo a normas, valores y patrones preestablecidos y compartidos socialmente.

Las representaciones sociales son imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede y dar sentido a lo inesperado; y categorías que sirven para clasificar circunstancias, fenómenos e individuos (Jodelet, s/f). Y por eso mismo son sistemas indeterminados y abiertos: por la infinita capacidad significativa de la cultura y algunos de sus productos principales como el lenguaje; por la multiplicidad de posibilidades de interpretación de los hechos sociales; y por la alta probabilidad de variación de los sistemas clasificadores que resulta de la dinámica social e histórica.

Ahora bien, justamente por su carácter constructivo, las representaciones sociales no son solamente portadoras de determinaciones sociales, ni meros esquemas de reproducción de estructuras sociales condicionantes. Son, como ya vimos, objeto de luchas tanto colectivas entre grupos sociales, como individuales entre atribuciones y apropiaciones de clasificaciones por parte del sujeto.

De ahí que las estructuras simbólicas cumplan funciones eminentemente políticas. “Los sistemas simbólicos no son meros instrumentos de conocimiento, también son instrumentos de dominación” (Bourdieu, 1995: 22) que dando forma y significado a una imagen, a una práctica o a una sensación definen a los sujetos y a los grupos.

Finalmente, las representaciones sociales marcan el punto de intersección entre lo individual y lo social, lo psicológico y lo sociológico. Construyen la realidad objetiva porque guían a los sujetos en sus relaciones sociales y en sus prácticas cotidianas; y construyen la realidad subjetiva, otorgándoles -debido a su raíz colectiva- el reconocimiento y la seguridad básica que los sujetos necesitan para darle coherencia a su existencia. Es decir, estas imágenes que son las representaciones cumplen una función interpeladora y constitutiva de identidad.

Es decir que, las representaciones por un lado, median entre las personas y la realidad, y por el otro, *interpelan*<sup>1</sup> a los seres humanos como sujetos, y al hacerlo producen identidad. Dentro del conjunto de representaciones sociales relevantes para la construcción de la identidad, aquellas que giran en torno al trabajo han significado, principalmente durante la segunda mitad del siglo XX, un cimiento substancial en dicha construcción. A nivel individual y colectivo, la representación de uno mismo como “trabajador” y, además, como trabajador “de un sector y de un tipo específico” supuso una centralidad muy fuerte en comparación a otras determinaciones sociales basadas en otros criterios, como la territorialidad, religión, la ideología, el género o la edad.

### **Identidad**

La identidad no debe ser entendida como dada una vez y para siempre ni como una suma pasiva de roles a lo largo de toda la vida de las personas; es en cambio una negociación interactiva y significativa. De esta manera los agentes humanos dotados de entendimiento, voluntad y deseo son capaces de obrar reflexiva (Giddens, 1986), y por ello participan recursivamente de la construcción material y simbólica de sí y de las estructuras dentro de las cuales se da el proceso social de atribución de identidad.

La identidad, tomando la definición de Claude Dubar (2000b), es una construcción/reconstrucción entre dos procesos y dimensiones de las personas: lo biográfico y lo relacional. El sujeto construye su identidad a partir de una transacción *interna* al individuo, delineando “qué tipo de persona uno quiere ser” en correspondencia con su biografía; y una transacción *externa* entre el individuo y las instituciones y grupos a los que pertenece, a través de la cual se perfila “qué tipo de persona uno es”, y con ello a qué definición oficial corresponde.

De esta manera y a través del conjunto de representaciones sociales que conforman por un lado el acto de pertenencia y por otro el de atribución, el sujeto edifica en una misma identidad dos dimensiones de sí: la *identidad para sí* y la *identidad para otro*. Ambos aspectos de la identidad son inseparables y se construyen en un proceso continuo en el que el sujeto y su entorno se entre-trascienden y determinan.

La distinción entre lo biográfico-personal y lo relacional-social, debe comprenderse solamente en un plano analítico. La identidad es el resultado contingente de la articulación de esas dos

---

<sup>1</sup> Es decir, se dirigen a sujetos con capacidad y conciencia para elaborar e interpretar dichas representaciones.

dimensiones, realizada en el plano del discurso. Es decir, dicha articulación, se procesa en el nivel simbólico de las representaciones. Y por ello, éstas resultan ser un emergente privilegiado para el estudio de la identidad.

La identidad, retomando a Dubar (2000b), es el “resultado a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen a los individuos y definen a las instituciones”<sup>2</sup>. La identidad personal se vincula con la capacidad de las personas de diferenciarse de los demás y ser, por ello, únicas e irrepetibles. La identidad grupal, en cambio, nos hace partícipes de la sociedad e influenciados por los procesos históricos de índole política, cultural y económica.

La dimensión relacional, es decir, la “identidad para otro”, es ineludible en un estudio sobre identidad, porque la identidad está vinculada a la incesante búsqueda de reconocimiento: el *otro* es fundante desde las etapas más tempranas de la vida.

Las identidades se nutren constantemente de identificaciones que cimientan la subjetividad, y con ello construyen microscópicamente las prácticas de cada persona. Las fuentes significativas e identificatorias de las identidades pueden ser múltiples. Existe todo un abanico de discursos interpelantes que materializan actos permanentes de atribución a los sujetos. De esta manera, la familia, como instancia más temprana, provee las primeras identificaciones que conforman la identidad. Pero a estas identificaciones primarias siguen otras que emanan de posteriores marcos referenciales, presentes a lo largo de toda la vida, como el grupo generacional, el grupo étnico, la formación escolar, la pertenencia política, la comunidad o barrio, la religión, el género y el espacio de trabajo.

Debido a la multiplicidad de interpelaciones, la identidad no se compone de identificaciones armónicas; está interceptada por prácticas y discursos diferentes o antagónicos<sup>3</sup>. Pero, precisamente porque las identidades son construidas también a partir del discurso, es necesario entenderlas como producidas en espacios institucionales e históricos específicos (Hall, 1997), que es imprescindible atender en cualquier análisis. Emergen del juego de diferentes modalidades de poder, de procesos de exclusión y de diferenciación, pero también de las diferentes estrategias de reacción e interpretación por parte de los sujetos. Por eso son parte de un proceso de construcción y reconstrucción inagotable, en el que las personas no pierden su papel activo y protagónico.

---

<sup>2</sup> Traducción propia.

Diferenciación, identificación y reconocimiento son momentos inseparables y articulaciones del proceso de construcción de identidad, y están situados en el seno de la experiencia conflictual y social de las relaciones humanas (Sanselieu, 1988).

El mundo del trabajo fue un lugar fecundo donde las identificaciones generadas a partir de diferenciaciones estables en el mercado laboral, contribuyeron a establecer un firme reconocimiento de los sujetos y de su valor social.

Las categorías referidas al trabajo, que señalaban el lugar de las personas no solamente en la producción sino también en la sociedad en general, fueron recursos de gran importancia en la definiciones de sí y en la búsqueda de reconocimiento social. Y por eso hemos elegido este ámbito para dar cuenta de las repercusiones que tiene sobre las identidades en una época de transformaciones materiales profundas. Pasemos a analizar el mundo del trabajo.

## **Trabajo**

El trabajo ha sido una dimensión central y uno de los fundamentos estructurantes de las llamadas sociedades industriales desde hace dos siglos. Si bien el trabajo después de la Revolución Industrial tomó diferentes formas, reconociéndose siempre como empleo asalariado, ha marcado a fuego las relaciones de los seres humanos con el mundo, entre sí y consigo mismos, convirtiéndose a partir de la década del cincuenta y según algunos autores, en un “hecho social total” (Meda, 1998), es decir, en relación social fundamental, en medio de integración social y en factor esencial de realización personal.

Las identidades se nutrieron durante décadas de representaciones sociales en torno al trabajo que, además de proporcionar seguridad y coherencia, se ajustaban a una realidad de crecientes beneficios laborales en una población mayoritariamente empleada y asalariada. De ahí que el empleo asalariado haya tenido la función de fortalecimiento de las solidaridades colectivas, como “forma moderna de estar-juntos y de cooperar” (Meda, 1998), es decir, de ser el soporte cotidiano del vínculo social.

Sin embargo, y en general para los países desarrollados y subdesarrollados, la década del setenta marcó el comienzo de una crisis, provocada por la disminución de las tasas de crecimiento de la productividad debido al agotamiento de la potencialidad de los procesos de trabajo, los shocks petroleros y el proceso de mundialización, que acarrearón la baja de las tasas de ganancia y dificultades para mantener el ritmo de la acumulación de capital (Neffa,

---

<sup>3</sup> Las definiciones hechas por *otros* y la propia pueden no coincidir y hasta enfrentarse.

1999). Estos cambios fueron el entretelón de una nueva teoría de desarrollo: el neoliberalismo, que en su aplicación produjo un crecimiento inestable y desigual, crisis recurrentes y una baja de los salarios, del empleo y de las garantías conquistadas para este último ámbito. El desempleo en cifras increíblemente altas fue la primera y más llamativa manifestación del proceso creciente de exclusión.

Una nueva situación fue caracterizando el mercado de trabajo: desempleo estructural, trabajo no registrado, empleos precarios, rigidez salarial, pobreza y exclusión, desregulación de la legislación individual y colectiva del trabajo y disminución de la protección social como consecuencia de la crisis del Estado de Bienestar. Las categorías sociales más afectadas por la instauración, en Argentina, de este régimen de acumulación intensiva, centralización y concentración del capital y miseria (que trajo por consiguiente las características del mercado de trabajo señaladas arriba), cuya profundización se inicia, en nuestro país, a partir de 1989<sup>4</sup>, fueron y son los jóvenes de sectores medios y pobres, los trabajadores migrantes, las mujeres sin formación y jefas de hogar, los trabajadores que envejecen y los minusválidos<sup>5</sup>.

Las estadísticas disponibles sobre la juventud que demuestran la profundidad de estos fenómenos, son sólidas y coincidentes, y atestiguan que los jóvenes fueron los más excluidos del mercado de trabajo argentino. La falta de oportunidades de empleo -y su condición de trabajadores secundarios- había fomentado, en años anteriores, la salida de los jóvenes del mercado laboral. Este comportamiento laboral de los jóvenes persistió en el conurbano bonaerense, pero se modificó en otros aglomerados donde se observó, en los últimos años, una reinserción laboral de los jóvenes. La mayor participación laboral de los jóvenes se tradujo, en el marco de una fuerte caída del empleo, en una mayor tasa de desempleo (Siempro, 2002)<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Se profundiza a partir de ese año con la ley de reforma del Estado. Sin embargo, el patrón intensivo de estos procesos se desarrolla a partir de la década del setenta.

<sup>5</sup> Así como las tasas de actividad crecieron para la mayoría de los grupos según sexo, edad, nivel de ingresos, las tasas de empleo se incrementaron para las mujeres y disminuyeron para los jóvenes, debido a su baja empleabilidad (lo que equivale a un insuficiente nivel de calificaciones). El monto de los ingresos disminuyó (cayó el salario real individual y creció el familiar por el incremento del número de perceptores por hogar); y aumentaron las diferencias entre estratos en la distribución de ingresos. La informalidad fue mayor, aumentó el cuentapropismo y predominó la precariedad. El trabajo no registrado siguió creciendo, al igual que las consecuencias del trabajo precario, la duración de la jornada de trabajo, el desempleo (que aumentó, principalmente, entre los de menores ingresos y entre mujeres y jóvenes) y la pobreza e indigencia (Neffa, 1999).

<sup>6</sup> De hecho, para Octubre de 2002, un 58,3% de los jóvenes de entre 15 y 29 años del GBA trabajaban o buscaban un trabajo (es decir, se encontraban activos). Del total de esos activos, un 25,3% estaba desocupado, valor que ascendía a 37,6% si se analizaba el grupo de jóvenes pobres (a diferencia del 18,8% de desocupados que existe entre los jóvenes no pobres). Este valor se vuelve más crítico si se considera que más de la mitad (el 57,7%) de los jóvenes es pobre, condición que se acentúa a medida que baja la edad sobre la que se hace la medición.



De acuerdo a algunos autores, la juventud está caracterizada, generalmente, por la finalización de la etapa de formación inicial y, por las primeras experiencias de trabajo y estudio que marcan la construcción de una identidad (Dubar, 2000). Según algunos estudios (Dubar, 2000), la salida del sistema escolar y la confrontación con el mercado de trabajo constituyen un momento esencial de construcción de una identidad autónoma que, hoy por hoy, se ve atrapada en la encrucijada de un mercado de trabajo en crisis. Esta primera confrontación constituye la base de una identidad ocupacional que se irá construyendo progresiva y dialécticamente en el tiempo. Esta primera elección (del modo de inserción en el mercado de trabajo) está sumamente vinculada con la proyección de sí en un futuro, y con la anticipación de una trayectoria de empleo y aprendizaje que anticipará un determinado estatus social, y trazará una red de relaciones duradera para su vida adulta.

Sin embargo, los jóvenes presentan las mayores tasas de desempleo y subempleo; las peores condiciones de contratación; y cuando entran al mercado de trabajo, lo hacen en situaciones precarias, sin protección y sin estabilidad (Jacinto y otros, 1998).

Por eso, los riesgos de exclusión derivados de la no participación de un espacio y un tiempo común que resulta de la ausencia o la fragmentación del trabajo, podría afectar particularmente a los jóvenes, quienes se enfrentan con una disminución de sus oportunidades de inserción laboral y social.

Dentro de este marco, surgen los interrogantes a cerca de las representaciones sociales actuales en torno al trabajo y su relativa importancia en la construcción de la identidad en un contexto declinante, en el que el empleo asalariado (forma moderna de trabajo) y sus relaciones y condiciones han entrado en crisis. ¿Puede, acaso, el trabajo mantener su posición medular en la identidad en los casos donde sólo constituye un sostén frágil e intermitente y ya no resulta una fuente de comunicación e integración con los demás?

#### **ABORDAJE METODOLÓGICO**

Este proyecto se llevó adelante mediante una estrategia metodológica predominantemente cualitativa. La misma permite el estudio profundo de procesos de definición por parte de los sujetos, mediante pautas flexibles y poco estructuradas.

Esta perspectiva metodológica exige un ir y venir entre los datos y la teoría y, de ésta a aquellos, que suele modificar, a lo largo de la investigación, tanto los interrogantes y conceptos iniciales como la definición que se realiza de los sujetos analizados (Gallart, 1992).

Un examen directo del mundo social y que, además, esté mediado por los sujetos estudiados inmersos en él, es el único posible, ya que puede permitirnos descifrar el proceso al cual los jóvenes se consagran para construir sus representaciones y su identidad. Se busca con ello, privilegiar las propias experiencias y definiciones de las personas estudiadas, y convertirlas en una guía para el análisis.

Además, es posible estudiar procesos sociales complejos a través del discurso de quienes los experimentan, por eso, se optó por entrevistas abiertas y en profundidad, que siguieron el formato de relatos de vida. Las mismas fueron realizadas a jóvenes varones pobres y ocupados precariamente<sup>7</sup>.

La selección de los casos se realizó de acuerdo a la accesibilidad de los mismos y según la lógica del muestreo teórico de Glaser y Strauss (1967), es decir, se buscó satisfacer criterios teóricos para permitir una minimización y maximización de los contrastes durante el análisis. El objetivo de la minimización y la maximización de las diferencias es el de comparar evidencia similar y diversa que sugiera categorías e hipótesis provisionarias.

La cantidad de jóvenes seleccionados para el análisis siguió el criterio de “saturación teórica” (Glaser y Strauss, 1967). Según el mismo, la recolección de información cesa cuando no es posible hallar ninguna información adicional. Dicho criterio es acorde a un proceso de análisis y recolección, en el que el analista a la vez que selecciona, codifica y analiza su información.

## RESULTADOS

### 1. Representaciones en torno al trabajo

Las representaciones sociales en torno al trabajo son la resultante de una síntesis entre las imágenes que surgen de la materialidad, las percepciones, las atribuciones y las relaciones dentro del campo social del trabajo, expresadas en el discurso de los jóvenes.

---

<sup>7</sup> En rasgos generales, los jóvenes entrevistados para esta investigación, son varones de entre 19 y 29 años. Viven en pareja y tienen de uno a cuatro hijos pequeños. No han terminado sus estudios secundarios y en algunos casos ni los primarios (excepto dos que han realizado algún terciario) y habitan en villas o barrios muy carenciados del conurbano bonaerense. Como ya vimos, la mayoría trabaja en el sector gastronómico o en actividades íntimamente vinculadas a dicho sector, sea en restaurantes, bares o panaderías (como mozo, lavacopas, cocinero, panadero, o pizzero), en comercios como verduleros, en la rama de la construcción, de limpieza, o en changas o pequeños emprendimientos individuales con los que sobreviven cotidianamente. Sus trabajos son changas o empleos inestables, en su mayoría en negro e informales, de un promedio de nueve horas diarias y con sueldos ínfimos que no cubren la canasta familiar básica.

En este sentido, podemos afirmar que las representaciones en torno al trabajo que tienen los varones jóvenes pobres y residentes de áreas marginales estudiados aquí, se componen de elementos múltiples y contradictorios que vuelven compleja cualquier definición que los sujetos quieran dar del trabajo. Los relatos señalan el carácter complejo del trabajo. Con igual peso cabe remarcar que dichas representaciones implican, además, severas consecuencias sobre el reconocimiento que los demás tienen de ellos y sobre sus relaciones con el resto de la sociedad.

Ante todo, estos jóvenes presentan antecedentes de trabajo no muy extensos en el tiempo pero sí muy duros. Los mismos expresan multiplicidad de trabajos mediante los cuales han sido socializados en la inestabilidad, el cambio constante, la precariedad y la falta de derechos. Inicios muy prematuros de su vida laboral que parecen haber sido forzados por circunstancias familiares, contextuales, o personales que uno podría entender desde una mirada o macrosociológica como su condición de clase (o posición social, diría Bourdieu). Además, sus discursos están signados por una dilución temporal que dificulta la reconstrucción del sentido de la propia identidad, es decir, que entorpece la evaluación del pasado, y a partir de él, cualquier proyección futura. La sensación de “trabajar desde siempre” transmite, de alguna manera, esta cuestión.

Estas trayectorias laborales (que repiten sus modalidades en las condiciones actuales de trabajo), están fundadas en modelos de socialización muy fuertes en dos cuestiones distantes entre sí que parecen pautar la experiencia laboral: en cuanto a la sumisión a o si se quiere la conformidad con esas condiciones, y en cuanto a la centralidad del trabajo en la vida de una persona.

Junto al mandato que empuja a trabajar tempranamente, el trabajar en sí mismo adquiere una importancia nuclear. El trabajo es visto como esencia, como una necesidad intrínseca, como una forma de realización personal indiscutible. El trabajo los ha emancipado desde pequeños, les ha llevado la autonomía que la necesidad invalida, y por eso, para estos jóvenes el trabajo es sinónimo de independencia.

No cabe duda que el trabajo es muy importante en la vida de estos jóvenes. El trabajo, a pesar del sufrimiento, el cansancio o la precariedad, les permite sentirse vivos (“estar en movimiento”), y hasta cumplir su papel de proveedor del hogar. Lo cual no implica que esperen de su rol profesional la realización íntegra de su identidad, como pudo suceder con generaciones anteriores.

Ahora bien, dicha centralidad ya no se construye en una intensa y activa participación del trabajador en un colectivo organizado de trabajo, o ni siquiera por el establecimiento de vínculos estrechos y duraderos dentro de un espacio específico de actividad. Y es aquí donde reside la clave de los cambios objetivos del mundo del trabajo.

Lo que caracteriza a estos jóvenes es una rotación y una movilidad del trabajo tan alta, y una tan significativa ausencia de relaciones profundas y de gran compromiso dentro del trabajo, que agrava (como veremos) la falta de vínculos de estos jóvenes.

Por otra parte, y dentro de los aspectos más negativos que perciben del trabajo, está el hecho de que el mismo sea un obstáculo a su socialidad. Los horarios y la duración de la jornada de trabajo afectan su socialidad, no ya adentro sino, fuera del trabajo: les trae problemas familiares, les impide ver a sus hijos, estar con sus amigos, y hasta dejan su participación en organizaciones sociales porque comienzan a trabajar. El trabajo les quita tiempo para extender sus vínculos o afianzarlos.

A la falta de vínculos fuertes sigue una de las más desesperanzadoras consecuencias de los procesos actuales de transformación del trabajo: la minimización de la importancia del “nosotros” dentro del ámbito laboral. Es decir, la aspiración a la organización colectiva en torno a este eje -el trabajo- como núcleo aglutinador, como forma de integración a la sociedad, o como medio de satisfacción de las carencias, de resolución de los conflictos o de la exigencia de justicia, se pierde por su omisión en los discursos y en sus intereses. El pasado afán de encontrar en ese espacio un grupo desde donde proyectarse individual y colectivamente, ha desaparecido para estos jóvenes.

El análisis de los vínculos dentro del trabajo es importante, porque la pérdida de significatividad de ellos implica la mengua de un tradicional espacio de identificación y de reconocimiento para los sujetos. Y, porque como decíamos anteriormente, es en las transformaciones de lo vincular en el trabajo -a partir de las cuales el *otro* pierde fuerza- donde se encuentra el mayor efecto sobre la identidad.

Retomando lo que insinuábamos con la cita de Bourdieu, las relaciones dentro del trabajo y a partir de él, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, son relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza más extensivas al conjunto social. Esto nos permite entender la importancia del trabajo definido en términos de reconocimiento y de valoración de sí, o la importancia de la calidad y el monto de las relaciones que puedan entablar dentro de ese marco.

El espacio donde el trabajador desarrollaba su tarea, así como en otra época representó una fuente inclusiva de reconocimiento (político, jurídico, económico y personal), en el caso de estos jóvenes se convierte en una negación de esa potencialidad que se pone de manifiesto tanto en el discurso que ellos mismos traen, como en el análisis deducido de sus trayectorias.

Si bien mediante la posesión de un trabajo algunos jóvenes pueden sentirse reconocidos, las definiciones que ellos dan de sus trabajos, transmiten la percepción (al mismo tiempo que la conciencia actual de los jóvenes) de qué lugar les deja la sociedad: trabajos precarios o la negación de ellos, que están en consonancia con otras formas de reconocimiento negativo -o desvalorizante- como las escuelas “de última”, las pocas chances de cambiar su situación habitacional, y las exiguas alternativas sobre las cuales proyectarse<sup>8</sup>.

El desconocimiento y la estigmatización social de estos jóvenes, queda evidenciada en claros actos de atribución mediante los cuales se los maltrata, se les niega un trabajo digno, o directamente se les veda trabajo alguno por su condición de “villero”, que en algunos casos es sinónimo de “peligro”. Todas estas atribuciones son incorporadas (e irremediablemente asumidas en algunos casos) a las representaciones e imágenes acerca del trabajo; que justamente, cuando estas últimas entran en relación con los demás aspectos de la identidad configuran las imágenes de sí y las formas de reconocimiento que los jóvenes internalizan y que expresan al hablar de sí en una entrevista.

Otra cuestión en la que podemos ver cómo se pone en jaque el reconocimiento de estos jóvenes está vinculada a la formación y al aprendizaje en sus trayectorias de trabajo. El problema de que estos chicos adhieran a un paradigma laboral fuera de época (por las competencias y destrezas que desarrolla), o que se inserten en trabajos de baja calidad y de baja competitividad, en los cuales no logran entrenarse, ni alcanzar un aprendizaje de las nuevas habilidades demandadas por el mercado de trabajo, en realidad los aleja del resto de los jóvenes de su generación que sí logran asumir las tendencias tecnológicas y económicas innovadoras (Erikson, 1987). El alejamiento de estos jóvenes de los modelos de trabajo imperantes los vuelve incapaces de identificación con los nuevos roles de competencia e invención valorados y reconocidos por los discursos oficiales y las tendencias dominantes en la sociedad. O sea, no logran aprender ni adoptar aquellas cualidades que los harían

---

<sup>8</sup> Como se vio en un análisis de las relaciones dentro de otros campos de acción (la escuela, la familia, organizaciones sociales y políticas, y el barrio) que no fueron abordados en esta ponencia, aunque sí son parte de la investigación general.

“valorables” según las tendencias oficiales y los discursos autorizados. Y entonces lo que queda es relegarlos a un *no-lugar*<sup>9</sup> de silencio, sumisión y marginalidad.

Las condiciones dentro de las cuales los jóvenes desarrollan su actividad señalan cierta desvalorización social de la cual son objeto los jóvenes pobres que, en última instancia, representa un déficit de lugar en la estructura social. Descalificación laboral que los descalifica en otros planos como el cívico o el político.

La sensación que queda luego de analizar las representaciones en torno al trabajo de estos jóvenes es, como diría Castel, la “precariedad como destino”. “Cuando se habla del descrédito del trabajo entre las nuevas generaciones, y en el cual hay quienes ven el signo feliz de una salida de la civilización del trabajo, debe tenerse presente esta realidad objetiva del mercado del empleo. ¿Cómo cercar estas situaciones y ligar un proyecto a estas trayectorias? (...) Lo que se rechaza no es tanto el trabajo sino un tipo de empleo discontinuo y literalmente insignificante, que no puede servir de base para la proyección de un futuro manejable. Esta manera de habitar el mundo social impone estrategias de sobrevivencia basadas en el presente. A partir de allí se desarrolla una cultura que, según la atinada expresión de Laurence Rouleau-Berger, es ‘una cultura de lo aleatorio’” (Castel, 1997: 415).

Las representaciones sociales en torno al trabajo establecen una relación entre el sujeto y una actividad que insinúa algo más que su posición dentro del mercado de trabajo. Una representación social siempre *remite a algo*, simboliza una *relación* y habla *en nombre de alguien*. En estos casos, las representaciones en torno al trabajo aluden al valor social de este grupo de juventud, es decir, vuelven presente el lugar que le es otorgado dentro del mapa social y la relación que ellos mantienen con el todo. Y lo hacen en nombre de la sociedad toda, pero de la manera más simple, introduciendo la presencia de dicha imagen de valor dentro de las conciencias y prácticas cotidianas (aunque nunca pueda dejarse de lado la interpretación por parte del sujeto).

El tipo de reconocimiento desvalorizante (evidenciado a partir del rol productivo de este grupo de la juventud) y sus consecuencias sobre la confianza básica, la capacidad para generar vínculos perdurables, o la representación de un accionar colectivo atraviesan otros espacios de

---

<sup>9</sup> Esa es la forma en que Marc Augé se refiere a los lugares propios de la modernidad: lugares donde circulan individualidades solitarias, donde reina lo provisional y lo efímero. Según este autor, un *lugar* puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico. Por eso un espacio que no puede definirse según estas características (es decir, ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico) definirá un *no lugar* (Augé, 1998).

interacción de los jóvenes analizados, y por eso afecta profundamente la dimensión relacional de la identidad.

## 2. El lugar del trabajo en la identidad

El motivo que nos había impulsado a analizar el mundo del trabajo y su relación con el proceso identitario –que hemos discutido en el marco teórico- es la aceptación de que el trabajo se convirtió, a partir de la consolidación del estatuto asalariado como pilar de la identidad social, en un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social (Castel, 1997). La profunda correlación existente entre el lugar ocupado en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y de protección que resguardan al individuo ante los riesgos de la existencia, nos permite otorgarle un significativo lugar en el análisis de las cuestiones de identidad.

“Cuando [el trabajo] desaparece, corren el riesgo de fracasar los modos de socialización vinculados a él y las formas de integración que él nutre” (Castel, 1997). En el marco de una sociedad que no ha logrado reemplazar el sostén del trabajo por otros pilares a los que él había venido a suplantar; sin el uno y sin los otros, la persona queda librada a la desprotección y al desamparo de su soledad.

Como hemos visto, las representaciones sociales en torno al trabajo de los jóvenes estudiados confirmaron la importancia del mismo en la vida de una persona<sup>10</sup>. Sin embargo el trabajo, en las condiciones de inestabilidad, precariedad y alienación que experimentan estos jóvenes, pierde significatividad en su función integradora, en la construcción de vínculos y en la generación de un *nosotros* que fortalezca su identidad a partir de su inclusión en un determinado estatuto. Las relaciones laborales no les permiten crear un espacio de solidaridad desde donde proyectarse, no alcanzan a satisfacer las demandas de reconocimiento (más bien las aumentan) y ni siquiera compensan, a partir de la utilidad y prácticas compartidas en ese ámbito, la imagen negativa de sí mismos producida también en los demás ámbitos.

---

<sup>10</sup> Objetivamente, el trabajo acompaña (como efecto o causa) los puntos de inflexión de sus vidas: dejan la escuela porque comienzan a trabajar, comienzan a trabajar porque queda embarazada su novia y a raíz de ello forman su pareja y su familia actual, comienzan a trabajar porque desean independizarse de sus familias. Pero además, y en términos del significado que le otorgan, el trabajo les permite expresarse, realizarse, sobrevivir, sostener a sus seres queridos, desplegar otros roles como el de proveedor, padre o pareja, etc.

Es evidente que el *otro* dentro de la esfera laboral se vuelve frágil. A esta otra fragilidad (diferente a la generada por la ausencia de vínculos o por una imagen negativa de sí) sigue la pérdida del sentido colectivo de la acción, de la posibilidad grupal de organización.

Teniendo en cuenta que estos jóvenes casi no participan de otros colectivos o grupos, además del trabajo, sus relaciones con la sociedad son problemáticas, en el momento en que el trabajo se vuelve cada vez más precario e inestable y con ellos las relaciones que se desarrollan en éste ámbito.

La realidad laboral aparece como emergente de un proceso más amplio de creciente individualización. Porque, como sostiene Castel (1997), si bien el trabajo no pierde importancia en la identidad, deja de integrar al colectivo social. El ámbito del trabajo no constituye un espacio de construcción de vínculos significativos para la identificación e integración de los jóvenes. Los aspectos negativos de sus empleos (la inestabilidad, la precariedad o la intermitencia) despojan el espacio laboral de su centralidad para la inclusión social.

No caben dudas de que las características laborales de los jóvenes siguen siendo una determinante relevante de la posición dentro del espacio social. Por cierto, la marginalidad y la subordinación de dicha posición claramente los sitúan en un lugar poco privilegiado del sistema y las relaciones de poder. Lo que en realidad se disuelve del trabajo es la función subjetiva de *integración* al todo social, es decir, el trabajo como fuente de identificación se ve dañado por los procesos de transformación que lo atañen.

La *fragilidad vincular*, el *carácter negativo de las imágenes de sí* y la *pérdida del sentido colectivo de la acción* -que se desprenden de una imagen compleja del trabajo y de la pérdida significatividad de las relaciones en ese ámbito-, son procesos más amplios que si bien parecieron no limitarse al ámbito del trabajo (y por eso pueden ser interpretados solamente si son puestos en relación con los demás campos de acción e identidad del sujeto) han emergido en él frente en el contexto de las profundas transformaciones a las que está sometido.

### 3. Las transformaciones de lo relacional

Hemos afirmado que la **identidad** es la resultante de un proceso de articulación entre dos planos: el biográfico y el relacional. En dicho proceso las atribuciones sociales provienen de las relaciones con el entorno más inmediato de la vida cotidiana y el ambiente más mediato de



las instituciones sociales con las que las personas entran en contacto debido a que son parte de su mismo sistema de acción.

Lo distintivo de la relación marginal con el trabajo en el marco de biografías conflictivas<sup>11</sup>, no es solamente las condiciones objetivas, siempre condicionantes; sino también, la forma de apropiación, la elaboración y la interpretación de lo heredado y experimentado. Esto es central en el proceso de construcción de la identidad, y lo que quiero venir a resaltar en el marco de este trabajo. Frente a una imagen negativa de sí, una interpelación colectiva ineficaz por parte de los actores tradicionales dentro del trabajo, los jóvenes tienen chances<sup>12</sup> de rebelarse, de negar esas definiciones, de reaccionar reconstruyendo nuevos espacios al margen de los espacios oficiales, y manifestarse creativamente contra las atribuciones que los excluyen.

Sin embargo, como hemos visto a lo largo del análisis de las entrevistas, las condiciones a priori limitantes se combinan mayoritariamente con la aceptación de las atribuciones negativas, aún cuando en algunas excepciones puedan asignarles nuevos contenidos mucho más satisfactorios.

La aceptación de la discriminación cuando se busca un trabajo, o la pasividad frente al maltrato de los jefes fueron ejemplos de aceptación resignada de categorías limitantes (“peligroso”, “incapaz”). No obstante, también hemos registrado redefiniciones de su situación que se apoyan sobre características propias positivas. Se trata de intentos de interpretación del sujeto que ponen de manifiesto su capacidad para resignificar los objetos, modificando el sentido de las prácticas cotidianas. Por ejemplo, el “sacrificio” hecho esencia del trabajo, aún siendo producto de la desigualdad de condiciones, se transforma en la “responsabilidad” de hacer todo lo posible por ver crecer a sus hijos, dándole todo lo que esté a su alcance<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Como es el caso de las estudiadas. Las historias de estos jóvenes están envueltas en múltiples rupturas con su entorno y consigo mismo en tanto objeto de reconocimiento y de valorización social, y además, están caracterizadas por procesos de socialización fuertemente cargados de violencia simbólica, contraproducentes para la integración social. Sus biografías están hechas de golpes estructurales, como la pobreza, la marginalidad, el maltrato familiar, la deserción escolar, la violencia institucional; y de quiebres más personales como la migración, el abandono, la delincuencia, el paso por la cárcel, las adicciones, o abusos sexuales. Pero también están sedimentadas sobre intentos de recomposiciones biográficas, como la conformación de su familia actual, el nacimiento de sus hijos o la búsqueda de un trabajo, que son vividos como apuestas individuales de restauración de una continuidad identitaria quebrantada reiteradamente.

<sup>12</sup> No estamos desconociendo con esta afirmación, que esas “chances interpretativas” de los sujetos están también condicionadas por el marco social e histórico al que pertenecen. Recursivamente las formas de apropiación cobran sentido en el marco de fuertes condicionamientos objetivos.

<sup>13</sup> Otro ejemplo de ello es el debilitamiento de las relaciones –producto del individualismo creciente– que resulta en una mayor reclusión sobre sí y sus parejas, termina siendo una oportunidad para otorgarle a éstas últimas un nuevo significado, sobre el cual reconstruirse y aceptarse.

Ahora bien, lo cierto es que, a pesar de todas las estrategias que puedan adoptarse para compensar y reconstruir más satisfactoriamente la realidad, una imagen negativa de sí, una profunda fragilidad vincular, la ausencia de categorías integradoras capaces de generar identidades colectivas, terminan afectando inevitablemente la *dimensión relacional* de la identidad<sup>14</sup>.

Con ello no se está diciendo que el *otro* pierde importancia en la construcción identitaria<sup>15</sup>. En cambio, puede afirmarse que los modelos identitarios fuertes, cerrados, estables, instituidos, están replanteándose, no brindan previsibilidad, e interpelan negativamente a los jóvenes.

La cuestión relacional en la subjetividad es central si se considera que no hay identidad posible sin un *alter* con el cual construirla. Sin embargo, en escenarios de alta rotación, precariedad, e inestabilidad del trabajo, el *otro* -es decir, *lo atribuido* en términos de Dubar- parece diferenciarse de cualquier definición teórica que trate sobre él. La dimensión relacional de la identidad parece adquirir rasgos particulares en condiciones de juventud, pobreza y marginalidad.

Me atrevo, entonces, a concluir en tres hipótesis que mencioné en relación al trabajo y que pueden hacerse extensivas a las demás dimensiones de la identidad, de acuerdo a lo narrado por estos jóvenes.

- La baja densidad y la fragilidad de relaciones afectan la construcción de la identidad en la medida que **limitan los discursos interpelantes**, fuentes tanto de categorización como de reconocimiento social. La intermitencia y la alta rotación de los trabajos de estos jóvenes que resulta en una movilidad con rumbo incierto, así como la expulsión que prefiguran las instituciones sociales primarias como la familia y la escuela, dan señales acabadas de ello.
- Gran parte de los discursos provenientes de las instituciones sociales clásicas, o los actores preponderantes en el sistema de acción de estos jóvenes, **interpelan negativamente**, definiendo a los jóvenes a partir de su privación y carencias. Sus trabajos precarios justificados en su baja calificación, la dificultad de ocupar un empleo que los pueda hacer sentir socialmente valorables; así como la incapacidad que les ayuda a configurar la escuela, o

---

<sup>14</sup> Aún cuando uno pueda argumentar que la capacidad de resistencia y reacción por parte del sujeto es lo suficientemente importante como para compensar el desgaste y desintegración producidos por los procesos analizados, lo cierto es que toda recomposición se asienta sobre una descomposición previa que es imposible borrar del mapa biográfico de estos jóvenes.

<sup>15</sup> Decir algo así equivaldría, no solamente, a contradecir nuestra definición relacional de identidad, sino, a anular la dimensión social de constitución de los sujetos.

la peligrosidad de que los empapa la policía, son algunos ejemplos -entre otros- de configuraciones desvalorizantes y humillantes elaboradas por su medio relacional.

○ Las identidades colectivas heredadas por la sociedad de épocas pasadas, están desprestigiadas y revisten poca importancia para estos jóvenes, y con ello **pierde relevancia el sentido colectivo de la acción**. El *nosotros* se diluye frente a un individualismo que aparece triunfante. La ausencia de identidades colectivas orgánicas pasa a formar parte de las condiciones normales de constitución identitaria. La opción de renunciar en vez de luchar por sus derechos laborales cuando no son cumplidos, o el desinterés -y en algunos casos el rechazo- hacia las formas organizadas comunitarias y políticas son todos ejemplos de ello.

Estos rasgos que adopta el plano relacional de la identidad, nos llevan a analizar la gravedad de la “desafiliación” de estos jóvenes. Tomo prestado el término de Castel porque considero que resume de buena manera el desenlace de las tres hipótesis anteriormente planteadas. La desafiliación, como disociación o descalificación, es un concepto relacional que apela, “no a confirmar una ruptura sino a retrazar un recorrido” (Castel, 1997: 16), y por eso a ponerlo en relación con todos los otros con los cuales los sujetos comparten su vida. “Habrá que reinscribir los déficit en trayectorias, remitir a dinámicas más amplias, prestar atención a los puntos de inflexión generados por los estados límite. Buscar las relaciones entre la situación en la que se está y aquella de la que se viene, no autonomizar las situaciones extremas sino vincular lo que sucede en las periferias y lo que llega al centro” (Castel, 1997: 17).

La desafiliación nos habla de un tipo de relación con el todo social caracterizado por la laxitud de las relaciones, la precariedad de las condiciones, la inestabilidad de las prácticas. No implica la ausencia completa de vínculos, sino la no afiliación del sujeto a estructuras dadoras de sentido compartido. Características, todas ellas, que hemos visto reflejadas en las representaciones y trayectorias de trabajo. Las mismas se dan el marco de familias envueltas en la violencia, instituciones escolares que construyen imágenes negativas de sí, relaciones de vecindad que los estigmatizan, instituciones públicas como la policía o los partidos políticos que los manipulan y victimizan<sup>16</sup>. Todas ellas nos informan el tipo de relaciones (y no la ausencia de ellas) que mantienen estos jóvenes dentro de diversos sistemas de acción.

---

<sup>16</sup> El análisis de los demás ámbitos de relaciones sociales no ha sido incluido en esta ponencia, pero ha sido un producto lateral de la investigación general.

## REFLEXIONES FINALES: RECONOCIMIENTO, DEFINICIONES DE SÍ Y ACCIÓN COLECTIVA.

Como decíamos antes, un factor importante de las características del mundo vivido de los jóvenes, es la evaluación positiva o negativa que realiza cada uno en torno a las capacidades que le brinda su trayectoria y la apreciación de sus posibilidades dentro de un sistema de acción (Dubar, 2000b: 79). Por ejemplo, la vivencia conflictiva de la familia, no implica necesariamente una conformación familiar futura inestable: el individuo puede reaccionar contraponiendo su deseo o ideal de familia a su experiencia personal<sup>17</sup>.

Por eso, la clave de estas nuevas configuraciones de lo relacional en la identidad cuyo desenlace aparece en nuestros casos como desafiliación, está en los efectos que tienen sobre el reconocimiento, las definiciones de sí y el sentido de la acción colectiva para los jóvenes (todos ellos componentes esenciales de la identidad). Es indiscutible que la identidad no puede construirse consistentemente dejando de lado la aceptación de los demás o sin alcanzar un equilibrio entre las definiciones propias y aquellas propuestas por el medio circundante. Las definiciones de sí y el reconocimiento son dos caras del mismo proceso representacional de construcción identitaria. Son un producto de dicho proceso y expresan las imágenes presentes en los dos planos de constitución de los sujetos, el biográfico y el relacional.

### *Reconocimiento*

El reconocimiento es tanto un punto de partida como de llegada en la experiencia relacional del sujeto. El mismo refiere en parte (pero no solamente) a la utilidad social de un individuo para la difícil tarea de producción de la sociedad. Por eso, cuando a un varón joven pobre se le niega un empleo que le rinda satisfacción, o una vivienda saludable, o la posibilidad de desarrollar sus capacidades y deseos, o se lo expone a un control policial sin fundamentos, lo que en realidad se le niega es el reconocimiento de *un lugar valorado* en la sociedad a la que pertenece. Se le recuerda que no son necesarias ni su energía renovada, ni su opinión o participación, ni siquiera su fuerza física para la construcción diaria del mundo social. “Si no hacen nada reconocido, no son nada” (Castel, 1997: 454).

---

<sup>17</sup> De hecho, gran parte de los jóvenes anhelan su paternidad porque significa una chance para rehacer su propia historia.

La gravedad de estas consecuencias se acentúa durante la juventud, en virtud de que en ella “la fuerza del yo emerge de la confirmación mutua del individuo y de la comunidad, en el sentido de que la sociedad reconoce al individuo joven como portador de energía nueva y que el individuo así confirmado reconoce a la sociedad como un proceso viviente que inspira lealtad a la vez que recibe, guarda fidelidad así como la atrae y respeta la confidencia del mismo modo que la exige” (Erikson, 1987: 197).

El reconocimiento es una manera de afirmación de sí mismo a partir de los demás. Anuncia el aprecio que tienen los *otros* de *mi* existencia y del valor de la misma. Es un producto de luchas de poder dirigidas a imponer los propios sistemas de evaluación y valoración de los sujetos. Por eso, puede representarse como un continuo que va desde el reconocimiento en sentido positivo (la evaluación “afirmativa” de un sujeto), pasando por un reconocimiento basado en imágenes estigmatizantes y negativas (y por eso desvalorizante), hasta el extremo de un total desconocimiento (o “no reconocimiento”) de la existencia del sujeto.

Un reconocimiento negativo o la falta de él, no generan crisis o problemas en la construcción identitaria únicamente porque suscitan miedo a la muerte y a la miseria, sino y además, porque aluden al miedo a una vida sin sentido, despojada de deseos, desprovista de futuro.

El campo del trabajo es un elemento central en esta investigación porque, de acuerdo a la organización social, adquirió a lo largo de la consolidación de la sociedad industrial, una fuerte legitimidad como sostén del reconocimiento de la identidad y la atribución de un estatus social. Pero como hemos visto, el trabajo está en crisis como espacio nuclear para la proposición de categorías sociales legítimas y valorizantes. Esto es aún más grave en el análisis de los trabajos -precarios, inestables, inseguros- de los jóvenes investigados debido a la debilidad de otros sistemas de acción dentro de los cuales se insertan y desde donde se proponen identidades posibles. Es decir, la “elección” entre definiciones de sí, se da en un marco de completa limitación y dependencia (material y simbólica). La “oferta” de categorías es limitada (sobre todo, porque está acotada a categorías negativas) y por ello, las posibilidades de reconocimiento -en base a un equilibrio de definiciones que satisfagan a sí mismo y a los demás- también lo son.

La aceptación o el rechazo -que como dijimos siempre están condicionados- de las identidades propuestas por otros (actos de atribución) y las identidades reivindicadas por uno (actos de apropiación), están afectados en parte por el monto de reconocimiento que brinda cada una. El rechazo a ser considerado un “inútil” (por su prescindencia social y productiva), o “inexistente” (por su lugar de residencia), o “incapaz” (por el fracaso escolar) o

“esencialmente peligroso” (por la policía), llevado al extremo comporta para el sujeto el riesgo de *ni siquiera existir* para los otros; e impone además la exigencia de elaborar nuevas categorías que aseguren otra forma de reconocimiento. La identidad no es posible sin esos *otros*, y por eso la internalización de categorías limitantes y estigmatizantes es mucho más conveniente para el sujeto (porque aunque negativa, esta forma de reconocimiento atrae igualmente a la atención de un *otro*), frente a la posibilidad de no ser directamente objeto de reconocimiento (lo que implicaría una amenaza para la identidad) (Dubar, 2000b: 237).

Por eso la identidad de estos jóvenes debe jugar entre aceptar tales definiciones negativas y reelaborarlas para que no impliquen una negación de sí tan fuerte que termine paralizándolos y quebrándoles la autoestima. Esto a veces los lleva a justificar actos de discriminación y prejuicios sociales que cotidianamente los tienen como objeto, reaccionando con enojo en algunos casos, pero también, asumiendo una posición pasiva en otros casos. La aceptación por parte de los jóvenes, de su identidad villera como una desventaja y como un justificativo de ciertos comportamientos por parte de algunos actores sociales (como los patrones que los maltratan y la policía que los detiene sin motivos); y la resignación frente a la desconfianza que genera solamente el color de su piel, son ejemplos de este doble juego de atribución y reelaboración de una identidad, cuyo único rédito es el reconocimiento a cambio de una imagen de sí sumamente deteriorada.

### *Definiciones de sí*

Las definiciones que dan de ellos mismos expresan de alguna manera esta síntesis<sup>18</sup>, cuyo saldo parece ser más perjudicial que beneficioso. Además, son la expresión biográfica y de apropiación del plano relacional del reconocimiento. Las imágenes subestimadas de sí parecen reflejar el reconocimiento basado en la falta y la privación que le otorgan los otros. El lenguaje es un componente mayor de la subjetividad (Dubar, 2000a: 207), por eso es clave la manera cómo se autodenominan<sup>19</sup>.

Sienten el peso de ser una carga y a veces de tener que negarse, negar su origen y aceptar quienes son ellos para *otros*. Son pobres, marginales y deben aceptar esa mirada que el resto tiene sobre sí. Tal es lo que sucedió con uno de los entrevistados, para quien trabajar es algo

---

<sup>18</sup> Síntesis entre actos de atribución de categorías sociales y actos de apropiación y producción de esas categorías.

<sup>19</sup> Sobre todo si se coincide con Claude Dubar, que la identidad narrativa es una construcción en situación, por parte del sujeto, de una cronología y una síntesis de experiencias significantes a las que el propio sujeto otorga valor.

extraño ya que “un pibe chorro no trabaja”, afirmación que supone su asunción como “chorro” luego de haber pasado 10 años en la cárcel. O esto mismo está ejemplificado cuando en la búsqueda de trabajo suelen negar su residencia por vivir en una villa, como contaron varios entrevistados. Parecerían resignados a que son y serán tratados de esa forma, a que serán discriminados, o desvalorizados. Existe sobre ellos una mirada social desconfiada. Así como existe por parte de algunos una aceptación pasiva, resignación y sometimiento.

En la misma línea, podemos notar cómo también en las autodefiniciones de los jóvenes la cuestión central de saberse ocupando un lugar valorado en la estructura social (donde la sociedad lo necesita) entra en crisis en el momento que ésta le demuestra de múltiples maneras que puede prescindir de su trabajo y de su opinión.

Por eso si un balance por parte del joven deriva en la conclusión de que es natural y hasta justificada una determinada designación desvalorizada de sí, el paso siguiente es la formación de una “identidad negativa” (Erikson, 1987: 208).

Las derivaciones implícitas de tal aceptación (la de su identidad asentada sobre la falta y la negación de sí), están en lo que Bourdieu (1999) llamaría el “sentido de los límites”. El mismo funciona como una barrera mental que sostiene la sensación de estar “irreversiblemente” limitados, lo que termina siendo funcional a un sistema que legitima las desigualdades sociales. Implica la aceptación de la discriminación y la disposición de prácticas acordes a ella. Cuando las propias definiciones asumen la exclusión presente en las definiciones de otros, es decir, cuando ocurre un reconocimiento de la privación (porque “aceptan” los lugares que les dejan); lo que se internaliza, en realidad, es todo un sistema de dominación. Esta última se convierte en prácticas y el sistema de poder se legitima.

Aún así, como la construcción de la identidad es un proceso abierto que utiliza categorías sociales cambiantes -propias de un determinado lugar y tiempo-, el futuro de estos jóvenes aunque hasta ahora se muestra pesimista, no está cerrado. La experiencia de algunos de los entrevistados, evidencia cierta confianza en poder cambiar su situación y la hacen notar en la comparación entre las limitaciones objetivas heredadas de su origen (por ejemplo, una familia rural en extrema pobreza) y la capacidad que adquirieron para transformar sus posibilidades.

Ambos puntos, el reconocimiento y las definiciones de sí, tienen en común la utilización de categorías compartidas para definirse y definir a los demás. Como vimos, la tipificación consiste en asignar esquemas categoriales a sujetos y cosas existentes dentro del mismo campo de acción. La correspondencia y aceptación entre las categorías propuestas y las

asumidas es una alternativa, porque también puede existir la contrapropuesta de significado y una categoría puede adquirir un sentido diferente al propuesto. En este punto se ponen de manifiesto las luchas y entran a jugar las estrategias de poder simbólico de que se nutren estos sistemas de clasificación de los sujetos, y que permiten la clasificación de diversas situaciones. Por ejemplo la categoría de “villero” no supone en sí misma una clasificación cerrada negativa. Lo que la convierte en un instrumento de estigmatización son los discursos negativos asociados a ella (por ejemplo que los villeros son “vagos” y “peligrosos” y que por eso no conviene emplearlos). Esa misma categoría, puede ser resignificada y los jóvenes pueden darle nuevos usos simbólicos, asociándola a otros discursos como el de la solidaridad o la familiaridad.

Los contradiscursos expresan mecanismos de resistencia que, si bien parecen ser más individuales que colectivos, configuran una respuesta activa frente a la exclusión. Que uno de los entrevistados opte por expresar y generalizar una visión positiva de su comunidad (decidiendo escribir un libro y no ya aclarando circunstancialmente que “su barrio no es tan peligroso”) es una clara defensa de su identidad barrial y un enfrentamiento simbólico a aquellos que los discriminan por su residencia. Es una estrategia de rechazo de los sentidos asignados por otros ubicados en una posición de mayores recursos (sociales, culturales, económicos).

#### *Acción colectiva*

Por último, tanto la falta de reconocimiento como las imágenes desvalorizantes de sí, han expresado la distancia de los jóvenes con espacios de identificación colectiva. La ausencia - como ya habíamos anticipado- de categorías integradoras que generen identidades grupales, es una limitante de los procesos de acción colectiva.

La evidencia muestra que los actores sociales (como partidos políticos y sindicatos) han perdido capacidad interpelante y no poseen la fuerza suficiente para convocar en torno a sí a los jóvenes. Los discursos sociales han dejado de producir categorías aglutinantes y por eso son poco eficaces.

Junto a lo anterior, la mirada que poseen sobre su realidad -producto de marcos ideológicos que los sitúan en una posición de subordinación-, hace que estos jóvenes gasten poca energía en aquello que consideran “inmutable”, como su situación económica o la realidad política. De hecho vimos la poca esperanza en que emerjan proyectos alternativos capaces de modificar de raíz la situación del país, o su situación personal.



La participación en colectivos sociales depende del poder que cada uno sienta respecto al mundo externo. A medida que desaparece la certidumbre en las cuestiones más existenciales, aumenta la sensación de impotencia. Al entrar la solidaridad en crisis, el poder que proviene del “actuar juntos” se debilita. Además el distanciamiento espaciotemporal propio de la modernidad y la aparición de nuevos lazos y dependencias globales, así como una posición subordinada en los sistemas de poder, hacen que el individuo sienta tener relativamente poco control sobre los procesos sociales que lo condicionan.

Por último, la impotencia no es solamente la resultante de situaciones personales, sino por sobretodo un producto ideológico. Esa es justamente la función de la ortodoxia ideológica según Bourdieu (1999): naturalizar y hacer creer que la realidad así como está no es modificable. Por esta última cualidad, la impotencia es percibida en el plano de los objetivos y las aspiraciones personales como incapacidad *del sujeto* para llevar adelante sus proyectos.

Cuando la aspiración de conseguir un trabajo gratificante, de terminar los estudios, de formar una familia, o de mejorar las condiciones de vida se vuelve una “utopía”, las personas dañan intensamente su capacidad para imaginar una vida mejor. Las expectativas se reducen a unas pocas cosas, que además son cercanas a su contexto, y la identidad ya no se nutre de modelos colectivos de acción conjunta como instrumentos para transformar su existencia y la realidad social.

### Referencias Bibliográficas

- AUGÉ, Marc (1998). **Los no lugares. Espacio del anonimato**. Barcelona: Gedisa.
- BECCARIA, Luis. / LOPEZ, Néstor (1996). “El debilitamiento de los mecanismos de integración social”, en BECCARIA, L. / LOPEZ, N. (compiladores), *Sin trabajo*, Bs. As.: UNICEF-Losada.
- BERGER, Peter / LUCKMANN, Thomas (1997). **La construcción social de la realidad**. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- BLUMER, Herbert (1969) “La posición metodológica del interaccionismo simbólico”, en **Symbolic Interaccionism. Perspective and method**, Englewood Cliffs, Prentice Hall (Traducción).
- BOURDIEU, Pierre (1990). "Espacio social y génesis de las 'clases'" en **Sociología y cultura**. México: Editorial Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre (1993). **Cosas dichas**. Barcelona: Gedisa.
- BOURDIEU, Pierre / WACQUANT, Loïc J. D (1995). **Respuestas para una antropología reflexiva**. México: Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre (1999). **La Distinción**. Madrid: Taurus.
- BRASLAVSKY, Cecilia (1988). “Situación y acción de los jóvenes desocupados de América Latina” en **¿Qué empleo para los jóvenes?** Madrid: Editorial Tecnos - UNESCO.
- CASTEL, Robert (1997). **La metamorfosis de la cuestión social**. Buenos Aires: Paidós.

CASTEL, Robert (1999). **Empleo, desocupación, exclusiones**. Buenos Aires: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris (EHESS).

Conclusiones del Seminario Virtual **Juventud y formación para la empleabilidad: Desarrollo de Competencias Laborales Claves** (2002). OIT/CINTERFOR.

DUBAR, Claude (2000a). **La crise des identites**. Paris: PUF.

DUBAR, Claude (2000b). **La Socialisation**. Paris: Armand Colin.

DUBAR, Claude (2001). **El trabajo y las identidades profesionales y personales**. Revista Latinoamericana de estudios del Trabajo. Año 7. N° 13.

DURKHEIM, Emile (1993). **La división del trabajo social**. Primera Edición 1893. Buenos Aires: Editorial Planeta-Agostini.

Equipo de trabajo sobre identidad y representación sindical, CEIL – CONICET, (2001). **El proceso de construcción de identidad en el marco de las transformaciones del Mundo del trabajo en Argentina. Apuntes teóricos e hipótesis preliminares**. Buenos Aires.

ERIKSON, Eric (1987). **Identidad, Juventud y Crisis**, Bs. As.: Paidós.

ERIKSON, Eric (1991). **Sociedad y adolescencia**, Bs. As.: Siglo XXI.

FORNI F. (1992). "Estrategias de recolección y estrategias de análisis en la investigación social" en FORNI F. / GALLART M.A. / VASILACHIS DE GIALDINO I. **Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación**. Bs. As.: CEA.

FREYTES FREY, Ada Cora (1997). **La Reconversión en la Industria Siderúrgica: Pluralidad de perspectivas y pugnas simbólicas en el campo laboral. Estudio comparativo de empresas**. Tesis de grado de la Carrera de Sociología. Universidad del Salvador. Buenos Aires.

FULLER, Norma (1998). "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú" en VALDES, T. / OLAVARRIA, J. (compiladores) **Masculinidades y equidad de género en América Latina**. Chile: FLACSO.

GALLART, M.A. (1992). "La integración de métodos y la metodología cualitativa. Una reflexión desde la práctica de la investigación" en FORNI F. / GALLART M.A. / VASILACHIS DE GIALDINO I. **Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación**. Bs. As.: CEA.

GARCÍA CANCLINI, N. (s/f). *Rethinking identity in times of globalization* en *Arts & Designs*.

GIDDENS, Anthony (1995). **Modernidad e identidad del yo**. Barcelona: Península.

GIDDENS, Anthony, (1986). "Elementos de la teoría de la estructuración" en **La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la Estructuración**. Buenos Aires: Amorrortu.

GLASSER, B. G. / STRAUSS, A. L. (1967). **The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research**, Chicago: Aldine.

GOMÁRIZ MORAGA, Enrique (1997). **Introducción a los estudios sobre masculinidad**, FNUAP – FLACSO, Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.

GORZ, André (2000). **Miserias del presente, riquezas de lo posible**. 1° edición: 1997. Bs. As: Ed. Paidós.

HALL, Stuart (1997): "Who needs identity?" en S. Hall y Paul du Gay: **Questions of cultural identity**. Sage, London.

JACINTO, C. / LASIDA, J. / RUÉTALO, J. / BERRUTI, E. (1998). "Formación para el trabajo de jóvenes de sectores de pobreza en América Latina. ¿Qué desafíos y qué estrategias?", en **Por una segunda oportunidad. La formación para el trabajo de jóvenes vulnerables**. Montevideo, OIT/CINTERFOR. Red Educación y Trabajo.

JODELET, Denise (s/f). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría" en **Pensamiento y Vida Social**. \*.\*.

KÄES, René (1988). “El apoyo grupal del psiquismo individual”, en **Temas de Psicología social**, N°7, Ediciones Cinco.

KUASÑOSKY, Silvia / SZULIK, Dalia (2000). “Desde los márgenes de la juventud”. En MARGULIS, Mario (editor), **La juventud es más que una palabra**. Buenos Aires: Editorial Biblos.

LARRAIN IBÁÑEZ, J. (1996). **Modernidad, Razón e Identidad en América Latina**. Santiago de Chile: Ed. A. Bello.

LO VUOLO, Rubén (2001). **Alternativas. La economía como cuestión social**. Bs. As.: Altamira.

MASON, Jennifer (s/f). “Generating Qualitative Data: Interviewing” en **Qualitative Researching**.

MEDA, Dominique (1998). **El trabajo. ¿Un valor en peligro de extinción?** España: Gedisa.

MUÑOZ CHACÓN, Sergio (2001). “En busca del Pater Familias: construcción de identidad masculina y paternidad en adolescentes y jóvenes” en BURAK, Solum Donas (compilador). **Adolescencia y juventud en América Latina**. Costa Rica: LUR.

NEFFA, Julio Cesar (1999). “Significación de la exclusión social en la Argentina, vista desde el mercado de trabajo” en **El Desempleo en la Argentina en los años 1990**, tomo III. Córdoba: CEIL-PIETTE-CONICET Ediciones Fundación CIEC.

OLAVARRIA, José / BENAVENTE, Cristina / MELLADO, Patricio (1998). **Masculinidades Populares**, Chile: FLACSO-Chile.

PAUGAM, Serge (2000). **Le salarié de la precarité**. Paris: Presses Universitaires de France.

PORTES A. (1998). “Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna”, en CARPIO J. / NOVACOVSKY I. (Compiladores) **De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales**. Bs. As.: CFE – SIEMPRO – FLACSO.

REGUILLO CRUZ, Rosana (2000). **Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto**. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

SANSELIEU, (1988). “Identités collectives et reconnaissance de soi dans le travail. En **L’identité au travail**. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Social Capital Interest Group (SCIG) (2001). **Social Capital: A Position Paper**. Michigan State University.

SVAMPA Maristella (s/f). **Identidades astilladas. De la Patria Metalúrgica al Heavy Metal**.

TAYLOR, S. J. / BOGDAN, R. (1990). **Introducción a los métodos cualitativos de investigación**. Buenos Aires: Piados.

URRESTI, Marcelo (2000). “Cambios de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela” en VALDES, Teresa / OLAVARRIA, José (1998) “Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo”, en VALDES, T. / OLAVARRIA, J. (compiladores), **Masculinidades y equidad de género en América Latina**, Chile: FLACSO-Chile.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2000). **¿Hace el trabajo la identidad del hombre?**, en Revista Doctrina Laboral. N°183. Noviembre. Buenos Aires: ERREPAR – DLE.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (s/f). **Pobres, Trabajo e Identidad: una propuesta epistemológica y metodológica**, CEIL-CONICET.

ZOLL, Rainer (1992) **Nouvel individualisme et solidarité quotidienne**, Paris: Editions KIMÉ.

\_\_\_\_\_, (2002). **Informe de la situación social de la provincia de Buenos Aires, mayo 1998 - Mayo 2002**. Buenos Aires: SIEMPRO, Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.